



27 de febrero de 2022

HOMILÍA
VIII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
Ciclo C

Sir 27, 5-8; 1 Cor 15, 54-58; Lc 6, 39-45.

“De lo que rebosa el corazón, habla la boca” (Lc 7, 45).

In láak'e'ex ka t'aane'ex ich maya kin tsikike'ex yéetel ki'imak óolal. Bejla'e' ts'aik dios botik ti' Yuumtsil, yo'olaj yáax Asamblea Eclesial Diocesana, tiolal tu láakal ba'ax ku p'ato'on, tu beetaj u'uyiko'on utsil ichilo'on. U Kiikit'anil Yuumtsile' ku ka'ansik to'on bix ken t'aan.

Muy queridos hermanos y hermanas, les saludo con el afecto de siempre y les deseo todo bien en el Señor en este domingo octavo del Tiempo Ordinario.

Concluimos este domingo con la primera Asamblea Eclesial Diocesana. Tenemos que darle gracias a nuestro Señor por este tiempo en el que “todos nos escuchamos”, como era el lema de esta asamblea. La semana anterior antes de iniciar este evento, ya había más de cuatro mil encuestas contestadas, y para el pasado jueves ya había más de seis mil, además de los cientos de personas que estaban participando durante la semana, unos presentes en la Parroquia del Señor de la Divina Misericordia, y otros, siguiendo en forma virtual individualmente o por grupos parroquiales.

Los exponentes dieron sus temas de una manera muy profesional, mereciendo el reconocimiento de todos los seguidores. Los testimonios grabados en videos fueron igualmente muy iluminadores. Finalmente, fueron de mucha riqueza los diálogos grupales. Muchas personas no llegaron a los grupos porque no estaban registrados en ellos y solamente siguieron la asamblea por Facebook o por Youtube.

Verdaderamente fue esta Asamblea Eclesial Diocesana, un tiempo de gracia en el que pudimos escuchar al Espíritu Santo en la voz de nuestros hermanos, y pudimos alcanzar lo que nos habíamos propuesto: llegar a muchas personas. Ahora queda por delante un trabajo muy intenso de la Vicaría de Pastoral para leer todas las respuestas a las encuestas, todos los comentarios en el Facebook, y todos los resúmenes de los grupos participantes.

Demos gracias al Señor en nuestra Eucaristía dominical, por todos los frutos y metas alcanzadas. Agradecemos por cada uno de los miles de participantes, por cada uno de los expositores, así como al Vicario de la Pastoral, el padre Federico Noh Euán, junto con todo el gran equipo que con él colaboró. Queremos que toda la riqueza de esta Asamblea se vea reflejada en nuestro Plan de Pastoral actualizado, para salir, Dios mediante, de esta pandemia, renovados en nuestro entusiasmo y en el rumbo de nuestro camino pastoral.

Así pues, muchos escuchamos, porque otros tantos hablaron. Hoy la Palabra de Dios nos enseña la sabiduría en el modo de hablar. Es muy conocido el refrán que dice: “El pez por la boca muere”; lo cual nos enseña sobre la gran responsabilidad que tenemos ante lo que decimos, y que nuestra boca es nuestro propio juez. Otro dicho afirma: “En boca cerrada no entran moscas”, el cual nos instruye sobre la prudencia que debemos tener en el hablar. El apóstol Santiago en su carta nos dice que, así como un pequeño timón conduce una enorme embarcación, del mismo modo nuestra pequeña lengua puede hacer mucho bien o mucho daño, pues por ella se conduce ordinariamente nuestra vida (cfr. St 3, 4-5).

La primera lectura de hoy, tomada del Libro del Eclesiástico, toca el tema de la prudencia en el hablar, al igual que lo hace el santo evangelio de hoy, según san Lucas. Dice el Eclesiástico: “El fruto revela el cultivo del árbol, así la palabra revela el corazón de la persona” (Sir 27, 6). Es cierto que hay personas que son muy hábiles para engañarnos envolviéndonos en su mucho hablar y otras lo son para hablar con doblez, por lo que es necesario escuchar con atención para conocer a las personas.

No hemos de juzgar antes de escuchar. Es maravilloso comprobar cómo la palabra puede conducirnos a los pensamientos y sentimientos de otra persona, y así, conversando, podemos entrar en comunión de espíritu con nuestro interlocutor. Es cierto que hay quien nos habla sin conectar sus palabras con su

inteligencia y quien lo hace sin conectar su hablar con el corazón. De todos modos, escuchando con atención podemos conocer la realidad de cada persona.

En los siglos alrededor de la venida de nuestro Señor Jesucristo, la filosofía griega había decaído al grado de que los llamados sofistas pensaban que el filosofar era el arte de convencer discursando. Estos hombres tenían el descaro de decir: “Dime de qué quieres que te convenza y lo haré, y luego te convenceré de todo lo contrario”.

Por eso la predicación cristiana cayó en un excelente terreno, pues la gente estaba ávida de autenticidad, de sinceridad y de verdad. Muchos quizá se sienten decepcionados de los discursos de los políticos, que parecen pensar que “el prometer no empobrece”, y en verdad comprobamos que quien mucho nos promete, suele no cumplir. El político no tiene por esencia y definición el mentir, en cambio cuánto bien hace a un pueblo tener un gobernante que le hable con la verdad. Por eso lo que pedimos y esperamos de los demás es lo que debemos ofrecer también nosotros.

Jesús nos dice hoy: “El hombre bueno, dice cosas buenas, porque el bien está en su corazón, y el hombre malo dice cosas malas, porque la maldad está en su corazón, pues la boca habla de lo que está lleno el corazón” (Lc 7, 45). En esto se impone también la enseñanza que Jesús nos da en otro pasaje, de ser sencillos como palomas, pero prudentes como serpientes, en una sana combinación (cfr. Mt 10, 16). Somos sencillos como palomas si hablamos con sinceridad y prudencia, sin querer convencer a base de mentiras o de mucho hablar. Somos prudentes como serpientes cuando estamos conscientes de que quien nos habla, puede pretender envolvernos con mentiras o verdades a medias en favor de sí mismo. Debemos estar atentos, porque quien nos habla mal de otras personas, a esas otras personas también les puede hablar mal de nosotros mismos.

Por otra parte, ser maestro o guía de los demás es un servicio muy delicado que no deberíamos asumir ni buscar si no nos es encomendado, pues implica mucha responsabilidad. En la carta del apóstol Santiago que hemos citado hace un momento, se nos dice: “No se hagan maestros muchos de ustedes, hermanos míos, sabiendo que nosotros tendremos un juicio más severo, pues todos caemos muchas veces” (St 3, 1). Al respecto, Jesús nos dice en el evangelio de hoy: “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre su maestro, si bien, cuando termine su aprendizaje, será como su maestro” (Lc 6, 39-40).

La enseñanza que Jesús nos deja luego, al decirnos que nadie debería pretender quitar la paja del ojo ajeno si antes no quita la viga que lleva en el suyo, es para que cada vez que advertimos un error en el prójimo, primero nos evaluemos a nosotros mismos. De todos modos, la corrección que hagamos a otro difícilmente será bien aceptada, si antes no nos han solicitado nuestra opinión.

Lo que mejor habla de nosotros, más que las palabras, es nuestra vida, nuestra forma de ser, o dicho con las palabras de Jesús, nuestros frutos pues “Cada árbol se conoce por sus frutos” (Lc 6, 44). Ahora sí que las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran.

El Papa Francisco nos ha pedido que este Miércoles de Ceniza ofrezcamos nuestro ayuno y oración por la paz en Ucrania. Hoy, más que nunca, tenemos un motivo sumamente válido para ofrecer nuestras prácticas cuaresmales. Todos los católicos, así como los hombres y mujeres de buena voluntad, nos unimos en un mismo sentir por nuestros hermanos de Ucrania.

Que tengan una feliz semana. ¡Sea alabado Jesucristo!

+ Gustavo Rodríguez Vega
Arzobispo de Yucatán